

LA «POÉTICA MILITAR» DE CERVANTES

M^a Ángeles VARELA OLEA¹

RESUMEN

La experiencia vital del joven Cervantes como soldado imprime en su carácter una serie de rasgos e intereses que se manifiestan en el estilo y contenido de su obra literaria. Esa personalidad forjada en la vida militar, la batalla, y el cautiverio, se traduce en un modo de escribir y temática; en una *poética*. Como él, otros muchos poetas-soldado coinciden en el reflejo literario de dicha experiencia, confirmando una común interpretación generosa e idealista de sus hechos. En el presente artículo señalamos algunos de los rasgos y temas fácilmente reconocibles en su obra literaria que deben mucho a su experiencia militar: el humor, el acatamiento al superior, la fraternidad entre quienes son distintos, la acción, la valoración de la victoria íntima o, sobre todo, la defensa de la libertad humana.

PALABRAS CLAVE: Cervantes, poética militar, armas y letras, Aldana, Garcilaso, Acuña, Ignacio de Loyola

ABSTRACT

The life experience of the young Cervantes as soldier traced onto his character many features that appear in the style and content of his literary work. This aspect of his personality, shaped in his military life, in the batt-

¹ Titular de Literatura Española y profesora de la Universidad CEU San Pablo, (Julián Romea 20, despacho 2, 28003, Madrid). Correo: anvar.ihum@ceu.es.

lefield and through his captivity, was materialized by Cervantes in one style and content, and even in a «poetics». Like him, many other soldier-poets match up in the aim of make a literary reflection of this own military experience, confirming the generous and idealized interpretation of the facts as a common characteristic of this genre. In this article, we point out some of the features and themes more related to his military experience, i.e: ironic humor, obedience to the hierarchy, fraternity among different peoples, the human action, the importance of the inner victory over the self, and above all, the defense of human freedom.

KEY WORDS: Cervantes, Military Poetics, Weapons and Letters, Aldana, Garcilaso, Acuña, St. Ignatius of Loyola.

* * * * *

Lo visto, sentido, y soportado, en la milicia y en la batalla por la solidez de unos principios, afectos, e ideales, marca de por vida a quienes han sido actores y espectadores de tan dramáticas situaciones, imprimiéndoles un carácter perceptible en cuanto realizan posteriormente. Por eso, la extraordinaria experiencia vital de los soldados españoles de los Siglos de Oro es una vivencia insoslayable para interpretar la obra de quienes fueron poetas-soldados, pues fundamenta su poética y estilo, es decir, la esencia y personalidad en su modo de escribir. Así, el estilo cervantino es el trasunto de su carácter, esculpido en esa juventud militar, origen del tono de quien siendo superviviente, escoge la risa para superar el dolor, de quien acostumbrado a la convivencia con soldados y cautivos de toda índole, se siente hermanado a ellos en la solidaridad de unas mismas penalidades y, como soldado acostumbrado al mando, acepta lo que le sobreviene, sea justo o injusto.

Algunas épocas han exaltado también otros rasgos de Cervantes ocasionados por su experiencia vital como soldado: este honor del herido y esa belleza del triunfo íntimo en quien pública e injustamente es humillado –no olvidemos la terrible situación del cautiverio cervantino–, serán motivos fundamentales en el aprecio de intelectuales de toda generación y geografía. El Regeneracionismo del XIX, su crisis del 98 perpetuada durante el Novecentismo y, en general, aquellas épocas en que España ha reflexionado sobre su actual decadencia, han vuelto también sus ojos al idealista don Quijote y a su desafortunado autor. Cervantes y su maltrecho personaje se entienden como una lección vital con quienes es imposible no simpatizar. Como escribía Santos Oliver en *Entre dos Españas* (1906), es así como reconocemos en Cervantes al maestro de la vida, aleccionado por la vida misma, «con todas las cicatrices del combate en su cuerpo, con todos los posos de la amargura en su alma, con todos los estigmas del infortunio en sus carnes laceradas y sangrientas»². La escritura cervantina tiene como trasfondo esa dolorosa experiencia del soldado que ha luchado y que toda su vida padecerá las heridas de un combate que no le ha dejado mayor gloria que ellas mismas. Y a pesar de esa amarga vivencia, o precisamente por ella, Cervantes es risueño, pues la risa es la fuerza conciliadora y expiatoria, es la muestra del respeto cervantino hacia todos, el refugio de la propia dignidad herida haciéndose autoinmune. Esa magnanimidad de carácter es la que origina la admiración del sabio de cualquier lugar y época. Frente al egoísmo y desesperación de Hamlet, Turguénev destacaba la esperanza, el entusiasmo, el ideal del hombre de acción y la comicidad que abarca todo, sabiendo dejar intacto el

² Santos Oliver, Miguel de los: *Entre dos Españas*. Gustavo Gili, Barcelona, 1906, pág. 123.

ideal. En su *Hamlet y don Quijote* (1860) el gran novelista ruso prefiguraba la visión mesiánica del personaje cervantino común a otros intelectuales de las mismas latitudes:

«¿Qué representa don Quijote? Ante todo, la fe; la fe en algo eterno, inmutable; en una palabra: en la verdad, en la verdad que se encuentra fuera del individuo, pero que es posible alcanzar; que exige un servicio y sacrificios, pero a la que se accede gracias a la constancia en ese servicio y a la fuerza de esos sacrificios. Don Quijote está penetrado por entero de la lealtad al ideal, por el cual está dispuesto a padecer todas las privaciones posibles, a sacrificar su vida; de hecho, solo valora su propia vida en cuanto que le permite encarnar el ideal e instaurar la verdad y la justicia en el mundo. Se nos dirá que su imaginación trastornada extrae ese ideal del mundo fantástico de las novelas de caballerías –y en eso consiste precisamente el aspecto cómico de don Quijote–, pero toda la pureza del ideal permanece intacta. Don Quijote consideraría vergonzoso vivir para sí mismo, preocuparse de su persona. Él vive (si se puede expresar así) fuera de sí mismo, para los otros, para sus hermanos, para extirpar el mal, para enfrentarse a las fuerzas enemigas de la humanidad –a los magos y a los gigantes–, es decir, a los opresores»³.

Lo de menos es el triunfo público, lo verdaderamente significativo es el mantenido entusiasmo por el ideal. Cervantes, el resistente soldado al cautiverio que fracasaba en sus intentos de fuga y con firme voluntad trazaba nuevos planes de huida, pinta a un don Quijote que a pesar de verse continuamente derribado, vuelve a subir al caballo y vuelve a emprender la aventura. Ese será uno de los rasgos de quienes como Galdós o Maeztu, meditando sobre la decadencia nacional prefieren la acción y la voluntad a la abulia e inoperancia. Así reconocía Ortega y Gasset en sus *Meditaciones de don Quijote* (1914) uno de los rasgos del Cervantes soldado recreado en su personaje: el hombre de firme voluntad al que su autor le hizo decir que los encantadores «podrán quitarle la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible». Y aquella encomienda de extender la fe en la verdad y la justicia que el escritor ruso veía en don Quijote no se limitaba al personaje. Detrás de don Quijote, diseña sus aventuras Cervantes y, con ese mismo carácter, la Historia nos muestra otros muchos poetas-soldados anteriores y posteriores a él. Poetas-soldados caracterizados por el estoicismo, el valor, el entusiasmo por el ideal, la inteligencia para percibir la injusticia y la sabiduría para expiarla a través de la palabra, a veces risueña o ridiculizadora. Pérez Gal-

³ Turguénev, Iván: *Hamlet y don Quijote*. Sequitur, Barcelona, 2008, pp. 7-8.

dós lo sintetizaba con clarividencia al afirmar en referencia a don Quijote y a la Historia de España, que parece que los españoles «no hemos engendrado un libro sino que hemos salido de sus páginas»⁴.

Para no perder la perspectiva y entender sin anacronismos al poeta-soldado Cervantes, resultan esclarecedoras las vidas y obras de otros autores. Los Siglos de Oro españoles están granados de excelentes poetas que a su vez fueron valientes soldados; soldados que arriesgaron y hasta perdieron su vida por Dios, por España y por su Rey. Quienes como el general caído en Alcazarquivir (1578), querido por la tropa y admirado por el siglo, Francisco de Aldana, escribían versos idealistas y neoplatónicos en sus ratos de ocio, en contraste con la dureza de ver marchar sus «animosos escuadrones» a teñir de sangre «la verde tierra». Aldana, como otros magníficos poetas, nació en campaña, mientras su padre servía como capitán en Nápoles, y pasó casi toda su vida entre batallas. Pronto destacó como soldado y con solo 20 años, Carlos I de España hubo de mencionarlo por su excepcional valor en San Quintín. Ya en vida tenía fama por su extraordinario talento como poeta y como soldado. A ello se referirá su coetáneo Gaspar Gil de Polo en su *Diana enamorada* (1564) dándole la primacía por su excepcional capacidad para reunir *sapientia et fortitudo*, juntar felizmente el dominio de las armas y el de las letras, siendo el primero que «ordena versos y soldados», igual o superior a Petrarca en su poesía y asombroso donde reina el fiero Marte⁵. Pero aún el «divino capitán» participó también en las campañas de Flandes, al servicio del duque de Alba, dirigiendo la artillería en el sitio de Haarlem (1572), donde presenció una terrible carnicería de la que salió herido por un mosquete en el pie. Y cuando los soldados amotinados por no recibir la paga durante meses organizaron el «Saco de Amberes», Aldana intervino en las negociaciones. Querido por la tropa, culto, humanista, políglota, pasó a la memoria de las generaciones literarias posteriores como el Divino, a quien dedicaron líneas de admiración Cervantes, Quevedo, Lope... La poesía se convierte para Aldana en la vía de escape del alma sensible horrorizada ante la brutalidad

⁴ Artículo de Pérez Galdós de 1905 recogido por L. Boo, Matilde: «Suplemento de “Las cartas desconocidas de Galdós” en *La Prensa de Buenos Aires*» en *Anales Galdosianos*, XVII, 1982, pp. 117-128. En lo relativo a la reinterpretación de diversos autores del siglo XIX y XX remito a otros trabajos míos, en especial a *Don Quijote, mitologema nacional*. Centro de Estudios Cervantinos, Madrid, 2003, o al artículo «Don Quijote como mitologema nacional en la generación de posguerra», *Anuario de Estudios Cervantinos*, X, 2014, pp. 323-336.

⁵ Gil de Polo, Gaspar: *Diana enamorada*. Edición de Rafael Ferreres, Espasa-Calpe, Madrid, 1973, pág. 68. «Este es Aldana, el único Monarca, / que junto ordena versos y soldados; / que en cuanto el ancho mar ciñe y abarca / con gran razón los hombres señalados / en gran duda pondrán si él es Petrarca, / o si Petrarca es él, maravillados / de ver que donde reina el fiero Marte / tenga el facundo Apolo tanta parte. / Tras este no hay persona a quien yo pueda / con mis versos dar honra esclarecida, / que, estando junto a Febo, luego queda / la más lumbrosa estrella oscurecida [...]».

de la batalla, el miedo o la amargura ante la dureza de las condiciones en que sobreviven los soldados. El conocido como «capitán Aldana» versifica el horror material de la lucha sostenida por el ideal espiritual en su soneto XXX. Define sin lugar a dudas los motivos que llevan a los soldados a arriesgar valerosamente su vida por el «unánime y honroso fin» de la defensa de una España cristiana: «Hueso en astilla, en él carne molida, / despedazado arnés, rasgada malla...: / ¡Oh, solo de hombres digno y noble estado!»⁶. El soldado-poeta sobrevive al horror de la guerra poetizándolo al tamiz de sus ideales.

El servicio del soldado español al Rey se entiende como obediencia a quien es el portador del estandarte cristiano. Los más famosos versos sobre esta idea pertenecen a otro conocido poeta que siendo muy joven también se entregó a la vida militar y padeció sus penalidades. Como el cautivo cervantino enamorado, el prisionero Hernando de Acuña se escapa de los barrotes franceses en los poemas de amor y en la reflexión sobre la variación de la fortuna de quien, por obra de Marte, está ahora privado de libertad. Rescatado por Carlos I, Hernando de Acuña también participará aún en la batalla de San Quintín. De ahí su famoso soneto dedicado «Al Rey, Nuestro Señor», a quien considera el pastor prometido por el cielo para hacer cierta la edad gloriosa:

«Se acerca, señor, o ya es llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor solo en el suelo,
por suerte a vuestros tiempos reservada.

Ya tan alto principio, en tal jornada,
os muestra el fin de nuestro santo celo
y anuncia al mundo, para más consuelo,
un Monarca, un imperio y una espada.

Ya el orbe de la tierra siente en parte
y espera en todo vuestra Monarquía,
conquistada por vos en justa guerra.

Que a quien ha dado Cristo su estandarte,
dará el segundo más dichoso día
en que, vencido el mar, venza la tierra»⁷.

⁶ Aldana, Francisco de: *Poesías castellanas completas*. Edición de José Lara Garrido, Cátedra, Madrid, 1997, pp. 344-345.

⁷ Acuña, Hernando de: *Varias poesías*. Edición de L.F. Díaz Larios, Cátedra, Madrid, 1982.

Pero de la misma época y formado en el círculo de nobles que rodeaban a Carlos I, Garcilaso de la Vega destaca como poeta-soldado y modelo militar y poético del perfecto cortesano. También él presentará la analogía entre el antiguo Imperio romano y el actual Imperio español, entre César y Carlos I, en su soneto XXXIII. El poema está dedicado a otro poeta soldado, «A Boscán, desde La Goleta». Fue compuesto, por tanto, en la fortaleza que Barbarroja había tomado y que las tropas de Carlos I conquistaron, antes de su triunfal entrada en Túnez (1535). En esta ocasión volvió a quedar claro el valor de Garcilaso, quien versificó las heridas que sufrió en este enfrentamiento —una lanzada en el brazo y otra en la boca—, con estas palabras: «Y así, en la parte en que la diestra mano / gobierna, y en aquella que declara / los conceptos del alma, fui herido. / Mas yo haré que aquesta ofensa, cara/ le cueste al ofensor, ya que estoy sano, / libre, desesperado y ofendido»⁸. Tal fue su valor, que le mereció el ser acrecentado como capitán de un Tercio. Perfeccionando el ya ideal retrato como modelo de hombre renacentista, Garcilaso cayó en la batalla al ser el primer soldado del Tercio en trepar por la escala en el temerario asalto de una fortaleza en Le Muy, donde recibió tal golpe que se precipitó gravemente herido al foso. Murió días después, tras ser atendido espiritualmente por su amigo, quien luego sería canonizado como san Francisco de Borja.

Ante el menosprecio del mundo, también Cervantes se referirá a sus heridas de guerra con orgullo. Sus lesiones son evidencia permanente de la gloria militar para quienes tengan la inteligencia de saber leer en ellas el esplendor de los grandes episodios de la Historia. Acusado de ser un viejo irritable y manco por Alonso Fernández de Avellaneda, el continuador apócrifo de las aventuras de don Quijote se había referido al Cervantes de 1614 «como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos, [que] tiene más lengua que manos»⁹. Por ello, el «viejo soldado» Cervantes de sesenta y siete años, por no darle la razón, ni dejar pasar la ocasión de responderlo, le contesta con humor que no le llamará asno, mentecato ni atrevido. Pero sí responderá a lo tocante a su manquedad ocasionada en la batalla de Lepanto:

«Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes

⁸ Garcilaso de la Vega: *Poesías castellanas completas*. Edición de Elías L. Rivers, Castalia, Madrid, 1996, soneto XXXV, pág. 77.

⁹ Texto de «Avellaneda» recogido por F. Sevilla en su edición de *Don Quijote de la Mancha*. Castalia, Madrid, 2004, pág. 676.

ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga, y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hace de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años». (*Quijote II, Prólogo*).

Aún en 1614, Cervantes sigue siendo para los demás un viejo soldado cargado de cicatrices. La respuesta del escritor al apócrifo continuador de su novela es una embestida de poesía y, como sucede con la poesía, no todo aquel que la ve puede leerla: sus heridas son galardones para quienes gozan de un sano entendimiento, muestra de valor de las que estar orgulloso, por el lance en que se ocasionaron, y por haberlas sufrido participando en las hazañas de tan prodigiosa facción como el Ejército español. Lo justo sería alabar las cicatrices del pecho y rostro del soldado puesto que son clara señal del comportamiento con que también los demás pueden alcanzar el cielo de la honra. Lo cual, además de una hermosa declaración de amor al pasado y al Ejército español, es una indicación de la falta de inteligencia, valor, justicia y honra del tal «Avellaneda» y de cuantos nieguen la gloria de quienes se entregaron tanto.

Esta generación de poetas-soldados anteriores a Cervantes perfiló el modelo vital a quien el escritor alcalaíno quería remedar en su juventud. Cervantes se referirá a ellos en obras como *La Galatea* o *El viaje al Parnaso*: el famoso Garcilaso, el celebrado Aldana o el inspirado Fernando de Acuña en la primera, y Garcilaso, Figueroa y el capitán Aldana en la segunda, además de Boscán, Castillejo, Naharro y Herrera. Que el modelo de poeta renacentista y soldado español se convierte en su ideal vital, lo subrayan las relaciones de amistad con quienes coincidió, como Francisco de Figueroa, alcalaíno como él y como él soldado en los Tercios destacados en Italia, y como Garcilaso o Aldana, poetas que se negaron en vida a la publicación de sus obras, poetas excelsos que, sin embargo, se alejaron de las vanidades de las letras. Esta convivencia de armas y letras en poetas petrarquistas, volverá a darse en autores del Barroco y siglo XVII, tiempo en que será publicada la mayor parte de la obra cervantina. El que más fama alcanzó en su tiempo como poeta fue el también admirado por Cervantes,

Lope de Vega, quien siguiendo la tradición de espada y pluma, se alistó en la Marina y combatió en la batalla de la isla Terceira a las órdenes de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. A él, a pesar de sus diferencias, el más viejo Cervantes lo reconocerá «Fénix de los Ingenios».

La figura de Cervantes destaca por la armonía en que los contrarios vitales se acostumbraron a convivir desde su infancia. De familia hidalga, el encarcelamiento de su padre a causa de las deudas y el embargo de sus bienes cuando don Miguel apenas tenía cuatro años lo enfrentaron muy tempranamente a una vida llena de privaciones: «Dolor, miseria y vergüenza es lo primero que respiró el futuro escritor en su infancia», resume Martín de Riquer¹⁰. La magnanimidad de don Quijote es trasunto de la de su autor; la grandeza de ánimo de Cervantes es la que le permite ser hombre del Renacimiento y del Barroco, hombre del ideal y del desengaño. Cuando el joven Cervantes sale de España, quizás huyendo de la persecución por el encuentro con Antonio de Sigura, entrará en contacto con la cultura y curia romana, estando al servicio de quien luego sería el cardenal Acquaviva en calidad de camarero o secretario. Su permanencia en Nápoles, Messina, Trápani y Palermo lo ponen en contacto directo con el Renacimiento italiano, y con autores como Dante, Petrarca, Boccaccio, Bandello, Sannazaro, Ariosto, Tasso, etc., cuyas obras «penetraron provechosa y dialécticamente en su biblioteca “ideal” dando una orientación específica a su producción literaria»¹¹. Aquí, por decirlo sintéticamente, se formó su poética primera, la del ideal renacentista, la que encuentra encarnada en los grandes poetas-soldado españoles, a quienes se referirá elogiosamente en sus obras literarias. Pero Cervantes no pertenecía a ninguna de las importantes familias a las que la mayoría de los poetas renacentistas soldados pertenecía, si bien, en aquellos Tercios destacados en Italia se habían formado modernas unidades de soldados profesionales que eran una oportunidad para que cualquier español ganase prestigio. Sin importar el linaje, allí veía Cervantes la mejor de las oportunidades para lanzarse a la profesión militar. Como hace decir al bandolero de *Las dos doncellas*, «quise venirme a Italia, como les he dicho y seguir el camino de la guerra, por quien vienen, según he visto, a hacerse ilustres aun los de oscuro linaje»¹². Él mismo novelará el entusiasmo de los españoles reclutados para los Tercios. El capitán de Infantería de *El Licenciado Vidriera* pintaba

¹⁰ Riquer, Martín de: *Aproximación al Quijote*. Salvat, Barcelona, 1970, p. 19.

¹¹ Ruffinatto, Aldo: «Cervantes en Italia, Italia en Cervantes», en *Cervantes en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. de Alicia Villar Lecumberri, Palma de Mallorca, 2001, pp. 3-20.

¹² Citado por Fernández Nieto, Manuel: «Cervantes soldado de la Infantería española», en *Revista de Historia Militar*, núm. 116, 2014, pág. 211.

las holguras de la vida soldadesca y las bellezas de Nápoles, Palermo, Milán y Lombardía, pero nada decía «del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de el hambre, de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez»¹³. La juventud de Cervantes será la del militar y cautivo que entre 1569 y 1584 participará en diversas empresas, en batallas tan gloriosas como Lepanto, pero no vivirá sus glorias, ni de poeta gozará la fama, pues su triunfo fundamental será como novelista. Más versado en desdichas que en versos se autodefinirá en el *Quijote*, al aludir a su intento idealista a estilo renacentista de *La Galatea*.

Aquella falta de reconocimiento mundanal al soldado esforzado en la batalla, también se la habían advertido los poetas-soldado anteriores, avisándole asimismo de que las únicas glorias reales son las eternas y divinas. El autor de *Don Quijote de la Mancha* no es el soldado bisoño, sino el hombre maduro que ha vivido la guerra, el peligro y el cautiverio, sacando de todo ello poco o ningún provecho material. El famoso Garcilaso, un año antes de morir en la batalla, había escrito la *Elegía I a don Bernardino de Toledo*, su compañero en la campaña de Túnez, ahora caído en Trápani (1535):

«¿A quién ya de nosotros el ceso
de guerras, de peligros y destierro
no toca y no ha cansado el gran proceso?
¿Quién no vio desparcir su sangre al hierro
del enemigo? ¿Quién no vio su vida
perder mil veces y escapar por yerro?
¿De cuántos queda y quedará perdida
la casa, la mujer y la memoria,
y d'otros la hacienda despendida!
¿Qué se saca d'aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios o agradecimientos?
Sabrálo quien leyere nuestra historia:
veráse allí que como polvo al viento,
así se deshará nuestra fatiga
ante quien s'endereza nuestro intento»¹⁴.

¹³ Cervantes, Miguel de: *Novelas ejemplares*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 268-269.

¹⁴ Garcilaso de la Vega: *op. cit.*, vss. 82- 96, págs. 107-110. Con frecuencia se citan estos versos garcilasianos como ejemplo de su hastío de la vida militar, para lo cual se cercenan los dos puntos y tres últimos versos explicativos y, con ello, queda solo recogida la incesante vida de penalidades de los soldados, en un sinsentido intrascendente. Por el contrario, el soldado-poeta Garcilaso subraya las penalidades, extensamente glosadas, para rematar con la contundencia de la brevedad, en contraste con la fugacidad material, la permanencia del bien alcanzado. Es el mismo tema de ese otro poeta-soldado, Calderón, de las vanaglorias humanas pasajeras, frente a la divina gloria eterna.

Si bien el mundo no reconoce ese valor del soldado, Garcilaso compendia en estos tres últimos versos el sentido trascendente de la contienda y explica la historia de estos soldados: la «fatiga» –la guerra, el peligro, el destierro, las heridas, la casa, la mujer y la memoria que se pierden al partir a la batalla– son el mal terrenal que desaparece como polvo al viento, es decir, como perteneciente al mundo material que nos es propio mientras somos seres materiales («somos polvo y en polvo nos convertiremos», Gen 3: 19). Pero una vez deshecha nuestra materia corporal, desaparecen también nuestras penalidades «ante quien se endereza nuestro intento»: a ojos de Dios; quien sabe ver en nuestros errores, nuestros intentos de acertar.

Las armas o las letras

Ahora bien, el modelo vital de perfecto caballero que ha de ser poeta-soldado no era nuevo, ni únicamente español. Su renovación y concreción en la época de nuestro autor se producirá de manos del soldado, diplomático y humanista italiano Baltasar Castiglione. Dicho autor escribirá una de las obras más conocidas en este período sobre la tan debatida cuestión, pues él mismo había estado a las órdenes del duque de Mantua y del duque de Urbino, entre otros, y hasta había luchado contra el Gran Capitán en la batalla de Garellano (1503) y desempeñado numerosas labores diplomáticas, si bien, acabó sus días como eclesiástico en Toledo, la ciudad de Garcilaso. Su famoso tratado *El cortesano* (1528) será rápidamente traducido al castellano por Boscán, por consejo de Garcilaso, en 1534. En esta obra, se describe el ideal de vida cortesano, cómo han de ser el hombre y la dama perfectos de la época, en cuyos rasgos reconocemos muchas de las ideas que aparecen también en la obra cervantina: el perfecto caballero deberá ser hábil en el oficio de las armas y en el de las letras, un hombre cultivado intelectualmente, que está dispuesto a entregar la vida en la defensa de su Rey y su Dios. Señalaba Menéndez y Pelayo a propósito de *El cortesano* que, a diferencia de otros tratados semejantes de la época como el de Gracián, el de Giovanni Della Casa o el de lord Chesterfield, no nos encontramos códigos de urbanidad, decálogos sobre la prudencia, la elegante corrección ni el maquiavelismo mundano y pesimista, sino un ideal «mucho más alto y generoso que todo eso»:

«El perfecto cortesano y la perfecta dama, cuyas figuras ideales traza, no son maniqués de Corte ni ambiciosos egoístas y adocenados que se disputan en oscuras intrigas la privanza de sus señores y el lauro

de su brillante domesticidad. Son dos tipos de educación general y ampliamente humana, que no pierde su valor aunque esté adaptada a un medio singular y selecto, que conservaba el brío de la Edad Media sin su rusticidad y asistía a la triunfal resurrección del mundo antiguo sin contagiarse de la pedantería de las escuelas. La educación, tal como la entiende Castiglione, desarrolla armónicamente todas las facultades físicas y espirituales sin ningún exclusivismo dañoso, sin hacer de ninguna de ellas profesión especial, porque no trata de formar al sabio, sino al hombre de mundo en la más noble acepción del vocablo»¹⁵.

Tan difundida obra del Renacimiento presenta el asunto recogiendo los diálogos de personajes con diferentes puntos de vista. En ellos, como el mismo Cervantes hará en boca de sus propios personajes, el autor defiende distintas posturas en lo relativo a la educación del gentilhomme, su comportamiento en la Corte, cómo se ha de formar la dama perfecta –con notables hechos de mujeres y nombres ilustres–, así como las virtudes y calidades del cortesano. A todo ello, se añade cómo ha de amar la dama, y muestra «al cortesano la manera que debe tener para amar». Es decir, el tratado abunda en la idea del amor a estilo petrarquista, el cual conlleva la idealización de la dama, es decir, ese mismo platonismo quijotesco en la visión de su Dulcinea y ese rechazo hacia el amor sensorial del vulgo. Castiglione invita a subir aquella escalera que tiene en su más bajo grado el amor sensual para alcanzar la morada de la celestial, dulce y verdadera hermosura¹⁶. La creación de Dulcinea escenifica maravillosamente esa subida hasta el cielo del objeto amado¹⁷. Tan idealizada se nos presentará Dulcinea que es difícil referirse a ella como personaje, pues es más una «idea» que vive en él: «Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, si es fantástica o no es fantástica y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo»¹⁸. (*Quijote II, XXXII*).

Pero además de esa idealización platónica, presente en prácticamente toda poesía amorosa renacentista, otros muchos rasgos con que Castiglione define al perfecto cortesano se reconocen en Cervantes. Las constantes sátiras al estilo artificioso y erudito del *Quijote*, reflejan esa poética del soldado

¹⁵ Menéndez y Pelayo, Marcelino: «Prólogo» a la obra de Baltasar Castiglione: *El cortesano*. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1945, pág. 10.

¹⁶ Castiglione, Baltasar: *El cortesano*. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1945, pág. 248.

¹⁷ Barnés, Antonio: *Los amores del Quijote*. Teconté, Madrid, 2016, pág. 60.

¹⁸ Sobre este aspecto, remito a Torres, Julio: «Dulcinea del Toboso. El personaje elíptico», en *Revista de Filología Románica*, núm. 14, Vol. II, 1997, pp. 441-455. Dulcinea es la proyección ideal de Aldonza, como su propio nombre indica y señaló Rafael Lapesa: «Aldonza-dulce-Dulcinea», en *De la Edad Media a nuestros días*, Gredos, Madrid, 1967, pp. 212-218.

discreto en esto de las letras que como Figueroa, Aldana o Garcilaso, no buscan la gloria de sus versos. Véase como Cervantes, por ejemplo, se mofa de la pedantería y modo de hacer libros llenos de sentencias y dichos en el prólogo del *Quijote*. La afición por los latinajos manidos le hace incluso esconder su propio conocimiento, cuando, por ejemplo atribuye a «Horacio o a quien lo dijo» la sentencia en latín: «[L]a libertad no debe cambiarse por todo el oro del mundo», que es realmente de Esopo. Cervantes retomará esta idea sobre la libertad en varios pasajes posteriores de la obra, no ya como cita, sino como afirmación que hace propia (*Quijote I-Prólogo*). Pero es asimismo, la descripción que este otro letrado y soldado italiano realiza del perfecto cortesano, quien debe ser humilde y en su estilo no debe mostrarse pretencioso:

«Esto en especial se ha de hacer entre hombres de guerra, por no ser como aquellos que entre letrados quieren parecer guerreros, y entre guerreros letrados. En esta manera, por lo que ya hemos dicho, podrá el cortesano huir del vicio de la afectación y hacer que las cosas medianamente buenas parezcan perfectas»¹⁹.

En oposición a la idea de superioridad de las armas que los personajes de Castiglione atribuyen a los franceses, se argumenta que las armas se ennoblecen con la doctrina y ejercicio de las letras. Así, Castiglione pone en boca de Pietro Bembo que el ejercicio de las letras responde al alma, como el de las armas responde al cuerpo, a lo que el conde aún insistirá en la superioridad de las armas y, tratando de rematar la disputa, le dice que si no le cree, que venga un letrado a defender su ejercicio con su palabra y haga lo mismo un hombre de guerra trayendo para ello sus armas, y se verá entonces quién de los dos puede más. Pero el ideal de Castiglione de sumar armas y letras queda expuesto en la respuesta de Bembo: «Lo que Alejandro Magno envidiaba de Aquiles no eran sus hechos, sino la buena fortuna de haber tenido a tan gran autor como Homero para que escribiese sobre ellos y los elevase al cielo. Alejandro preciaba más el saber de Homero que el pelear de Aquiles»²⁰. Los franceses andan muy engañados creyendo que las letras entorpecen las armas, cuando tras la guerra ha de haber conocimiento para que a esta no se llegue por vanagloria, por intereses bajos, provecho propio o dinero. Contrariando ideas posmodernas que creen ver en la participación cervantina en la batalla y su vida militar intereses de medro personal, Castiglione resumía el parecer de muchos hombres de la época:

¹⁹ Castiglione: *op.cit.*, pág. 74.

²⁰ *Op. cit.*, pág. 75.

«Pero escusado es deciros todo esto a vosotros que bien conocéis cuán gran engaño reciban los franceses pensando que las letras embaracen las armas, y no dejáis de entender que en las cosas graves y peligrosas de la guerra la verdadera espuela es la gloria, y quien se mueve por intereses de dinero o de otro provecho alguno a pelear, demás que nunca hace cosa buena, no merece ser llamado caballero, sino muy ruin mercader. Tras esto, que la verdadera gloria sea aquella que se encomienda a la memoria de las letras, todos lo saben, sino aquellos cuitados que las ignoran»²¹.

Lo que da el impulso final del soldado para arriesgar su vida en la batalla no es el dinero o provecho propio, sino la gloria, aquella memoria de los hechos que necesita de las letras para ser alcanzada y preservada. La idea cervantina responde al mismo ideal de aunar el conocimiento y ejercicio de las letras con el de las armas, es más, su ideal mismo de cómo ha de ser el hombre de armas es el del soldado letrado: solo así podrá entender que su oficio es el de mantener la paz y contribuir al engrandecimiento de su patria. Así lo expresa el Cervantes anciano de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), un buen soldado ha de servir:

«Con la fuerza de sus brazos y con la agudeza de sus ingenios; porque no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra: ninguno salió de estudiante para soldado, que no lo fuese por extremo, porque, cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece»²². (*Persiles, III, X*).

Este vívido debate entre los defensores de las armas y los de las letras estaba presente en el famoso discurso del capítulo XXXVIII de la primera parte de *Don Quijote*. El personaje literario se inclina por describir el mayor valor, generosidad y sacrificios de quienes se dedican a las armas, en comparación con quienes se dedican al estudio, y desde luego, su razonamiento se basa en el conocimiento directo del autor, pues claramente Cervantes está refiriéndose a su experiencia personal:

²¹ *Op. cit.*, pág. 71.

²² Cervantes Saavedra, Miguel de: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda, Obra Completa, II*. Ed. Florencio Sevilla y Antonio Rey Hazas, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 1994, pág. 1.265.

«Y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que garbear por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza». (*Quijote I, XXXVIII*).

Cervantes lamenta la pobreza de su oficio militar de juventud, pues se queja de una paga que llegaba tarde o nunca, invitando a algunos a traicionar su conciencia con la sisa. Los soldados en campaña pasan frío, hambre y todo tipo de incomodidades descritas con sutileza e ingenio. Los soldados visten la misma casaca de piel que quizás usaron valientemente en la batalla y que llevan sin camisa debajo, pues esta quedó destrozada en alguna contienda. Por esa pobreza siguen llevando el viejo colete, en cuyo pecho pueden verse los agujeros, que son la única medalla que les ha sido concedida, la única evidencia que ha quedado para el mundo del valor que mostraron en la batalla en que sobrevivieron a las cuchilladas sufridas. Con tan escasa y ventilada vestimenta, contribuyendo al terrible frío que padecen cuando les toca estar en invierno en campaña rasa, apenas tienen para calentarse nada más que el propio aliento, que es frío, por la temperatura y porque procede de un estómago que está vacío, lo que conlleva el desaliento de quien no tiene más aliento que el propio. Nótese la sutil insinuación cervantina que suaviza con cierto humor hasta el abandono en que se sentían las tropas. Y en ese mismo tono, describe aún otros pormenores que reflejan la dura vida en campaña de los soldados. A pesar del frío, hambre y desánimo, el agotado soldado apenas puede descansar por la noche, dado que tiene que reposar en una incómoda y estrechísima cama. Tan pequeña es, que aunque las pesadillas y el miedo al combate lo hagan revolverse en ella toda la noche, siempre le sobrará sábana. Con la misma suave ironía prosigue Cervantes:

«Así preparado, llega el día de la batalla en que por toda borla y honor, puede que el soldado solo consiga una venda para su cabeza, que quizá le habrá pasado las sienas, o le dejará estropeado de brazo o pierna. Y, aun si por piedad del cielo queda sano y salvo, quedará también en la misma pobreza que estaba, que sea menester que suceda uno y otro recuento, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vence raras veces». (*Quijote I, XXXVIII*).

Esa terrible situación y ese admirable valor son temas que no solo vemos en Cervantes, aunque sí es único su tono de magnánimo humor, que purifica y perdona, que lo consuela a él y alivia para el lector tan trágico espectáculo. Con el tono trascendente del divino capitán Aldana, que morirá en la batalla intentando extender en África la defensa de Dios, leemos ese mismo dolor material, ese mismo desaliento ante el variar de destinos del soldado, siempre a punto de morir, siempre creyendo alcanzado su fin, para dejarlo con cada batalla aún más desalentado en su peregrinaje. Como antes Garcilaso, ahora Aldana, y después Cervantes, no solo se señalan responsabilidades ajenas para la situación personal; el poeta-soldado será consciente de la responsabilidad que cada uno tiene como ministro del mal en que se halla. Garcilaso, Aldana, Cervantes, o Calderón, aprenderán con la experiencia el exiguo reconocimiento que en el vanidoso mundo hay para sus hechos, la escasa paga y el mucho olvido. Por eso, Aldana ve claramente que la victoria lo es sobre uno mismo y sobre las propias debilidades, y el único premio, aquel que el mismo Dios concede por los servicios a Él prestados. Así lo leemos en su magnífico soneto XXXIV, «Reconocimiento de la vanidad del mundo»:

«En fin, en fin, tras tanto andar muriendo,
 tras tanto variar vida y destino,
 tras tanto de uno en otro desatino,
 pensar todo apretar, nada cogiendo;
 tras tanto acá y allá, yendo y viniendo
 cual sin aliento, inútil peregrino;
 ¡oh Dios!, tras tanto error del buen camino
 yo mismo de mi mal ministro siendo,
 hallo, en fin, que ser muerto en la memoria
 del mundo es lo mejor que en él se esconde,
 pues es la paga de la muerte y olvido;
 y en un rincón vivir con la victoria
 de sí, puesto el querer tan solo adonde
 es premio el mismo Dios de lo servido».

Es otra vez, la idea garcilasiana de la victoria íntima y del único premio en Dios. Pero en lugar del tono quejumbroso, estos poetas subrayan el contraste de la gloria ganada y recuerdan los motivos trascendentes por los que han participado en la guerra. El idealismo de estos soldados no es inocencia ni es estulticia, pues la prolongación de sus sufrimientos y la ex-

perencia de generaciones anteriores ya los avisaban de las penalidades de la vida en campaña, que ellos mismos versificaban. El idealismo en ellos es una actitud consciente e inteligente que no deforma la realidad para hermosarla, sino que, reconociendo los horrores que conlleva, procura su aceptación como medio hacia un fin superior.

Así, también Cervantes subraya el escaso reconocimiento que el mundo da a quienes tanto pasan. Los riesgos de los hombres de armas son incomparables a los sacrificios del hombre de letras:

«Pe ro, decidme, señores, si habéis mirado en ello: ¿Cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda, habéis de responder que no tienen comparación, ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados; porque, de fal-das, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse. Así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio [...] Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigili-as, hambre, desnudez, váguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas a estas adherentes, que, en parte, ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida». (*Quijote I, XXXVIII*).

Tras mencionar más o menos irónicamente diversos males del oficio militar, queda claro que en el recuerdo cervantino de la batalla, lo más difícil de superar es el miedo con que se espera el combate y el valor que en él ha de mostrarse. Desde luego, no es comparable el temor de quien se dedica al estudio, con quien es soldado y quien, siendo centinela, siente que el enemigo viene hacia él, «y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza». Cervantes describe el terror de sentir cerca al enemigo sin poder defenderse, teniendo que limitarse a avisar al capitán para que intente evitar el ataque con una contramina, mientras permanece «quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad». Para el hombre de acción Cervantes, lo peor es permanecer quieto, a la espera de algo tan decisivo como subir a las nubes sin alas, es decir, morir e ir al Cielo, o sin poder evitarlo y en un instante, jugarse la condena del alma al Infierno. Así también se entiende el comportamiento de Cervantes en la batalla de Lepan-

to, relatado en la famosa *Topografía e historia general de Argel*, atribuida a Diego de Haedo:

«Cuando se reconoció la armada del Turco, en la dicha batalla naval, el dicho Miguel de Cervantes estaba malo y con calentura, y el dicho capitán... y otros muchos amigos suyos le dijeron que, pues estaba enfermo y con calentura, que se estoviese quedo abajo en la cámara de la galera; y el dicho Miguel de Cervantes respondió que qué dirían de él, y que no hacía lo que debía y que más quería morir peleando por Dios y por su Rey, que no meterse so cubierta, y que su salud... Y peleó como valiente soldado con los dichos turcos en la dicha batalla en el lugar del esquife, como su capitán lo mandó y le dio orden, con los otros soldados»²³.

El propio escritor prefirió salir al combate, antes que permanecer quieto y bajo cubierta. En el mismo discurso de *Don Quijote*, aún podemos ver más referencias autobiográficas cuando relata su propia participación en la batalla de Lepanto, con detalles que la Historia confirma. Independientemente del lugar en que el escritor combatió, si fue en el peligroso esquife o si solo llegó allí avanzado el enfrentamiento, queda claro el valor que se requiere ante el constante peligro de ahogarse por caer al mar o el de ser alcanzado por las armas enemigas, el incesante espectáculo de ver morir a los compañeros, y al instante, ver sus puestos ocupados por otros soldados que también morirán. Para Cervantes esta fue la mayor prueba para la honra, intrepidez y valor que debieron mostrar los soldados:

«Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventajas el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón; y, con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno; y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta

²³ Citado en numerosas ocasiones, entre otros por Astrana Marín o por Martín de Riquer, *op. cit.*, pág. 21. Tratados como este sobre la vida de los cautivos cristianos en poder de los turcos tenían como finalidad principal la recolección de limosnas para su rescate. De ahí que se haya discutido sobre la dosis de dramatización con que buscaban conmover al lector, si bien, lo que es indudable es que hechos, fechas y nombres son documentación histórica. A este respecto, vid. Camamis, George: *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Gredos, Madrid, 1977.

arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra». (*Quijote I, XXXVIII*).

Algunos soldados como Garcilaso o Aldana murieron enfrentando al enemigo en el momento en que se hallaban casi desarmados. Esa circunstancia de la lucha a cuerpo, una vez perdida el arma, a la que muchos compañeros tenían finalmente que enfrentarse, explica el desprecio cervantino hacia las armas de pólvora que acaban con hombres valerosos. Cervantes hace al anacrónico don Quijote expresar su desprecio por la «edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos» en que un cobarde, sirviéndose de las armas de fuego, puede matar al más valiente de los hombres que, sin defensa, persiste en la lucha conociendo la proximidad de su fin. Por eso, el arcabuz es un instrumento de artillería endemoniado que puede darle la victoria a un soldado cobarde, capaz hasta de espantarse con el simple resplandor de su propio disparo realizado contra un valeroso caballero, al que tal arma «corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos». En su discurso sobre las armas y las letras, tras la descripción sutil de las numerosas dificultades del soldados, suavizada por el humor, Cervantes cambia el tono de su caballero andante a uno más grave para referirse al indudable valor de los soldados en la batalla, la injusta muerte de los más intrépidos y el tesón de quienes no cejan en su empeño.

Aunque no haya reconocimiento del mundo a dicho valor, el que fuera soldado Cervantes perfila con estos ideales al caballero andante de su novela, un ser anacrónico e idealista en su oficio al que le hará manifestar, siendo ya el hombre anciano de la segunda parte de *Don Quijote*, que ve una indefinible superioridad en el esplendor de las armas puestas al servicio de Dios y de su Rey:

«[...] Pero con todo eso, no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios, primeramente, y luego, a su Rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de

las armas a los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos que los aventaja a todos». (*Quijote II, XXIV*).

Soldado cristiano ignaciano

Uno de los aspectos más debatidos en los últimos tiempos del pensamiento cervantino es su erasmismo. El origen de la creencia en una fuerte influencia del sacerdote holandés Erasmo de Rotterdam (1467-1536) en la obra de Cervantes, generalmente aceptada en los últimos cincuenta años, se encuentra en la gran difusión de las investigaciones de Marcel Bataillon y de los trabajos de Américo Castro. En su *Erasmus y España* el hispanista francés mostraba cómo había un núcleo prerreformista impulsado por el cardenal Cisneros que continuó su labor crítica, no luterana, durante la Contrarreforma, que defendía el pensamiento de Erasmo y contaba con numerosos seguidores españoles. Es decir, el erasmismo cayó en terreno abonado, y negando las tesis luteranas pero también una ortodoxia inquisitorial, abría un tercer camino, gestándose así lo que califica de tormenta de críticas y persecuciones a sus seguidores que se prolongarían unos diez años²⁴.

Sin entrar en un debate, aquí innecesario, advertimos que algunos temas y planteamientos que, entre otros humanistas, planteaba Erasmo, aparecen en la obra cervantina, si bien, muchos tendrían su origen en un pensamiento español anterior y coetáneo, y que Cervantes podría compartir dichas ideas adquiridas quizás a través de autores más próximos –santo Tormás, san Ignacio, Francisco Suárez, etc. Con todo, lo que más nos atañe ahora es que algunas posturas erasmistas sobre la guerra o el papel de los cristianos ante el ataque musulmán son contrarias a las expuestas por Cervantes.

Suele señalarse que a Erasmo habría llegado don Miguel de Cervantes a través de su maestro, el sacerdote Juan López de Hoyos. Del erasmismo del maestro de nuestro autor, destaca el influjo de sus ideas didácticas, expuestas en *De cómo los niños han de ser precozmente iniciados en la piedad y en las buenas letras* (1529). Pero realmente desconocemos de qué fue maestro López de Hoyos o durante cuánto tiempo lo fue. Y si con

²⁴ Bataillon, Marcel: *Erasmus y España*. Fondo de Cultura Económica, México, 1956, pág. 434.

él publicó el autor sus primeras líneas, no parece que la relación se prolongase²⁵.

Además de ser el autor del *Elogio de la estulticia*, obra en que ensalza la miel de la locura con que se endulzan las injusticias, Erasmo es el autor del *Enchiridion militis christiani*, también conocido como *Manual del soldado cristiano*. Américo Castro dedica un capítulo a intentar demostrar el erasmismo de Cervantes basándose en que se cita la *Luz del alma* en la segunda parte del *Quijote*, obra que atribuye a fray Felipe de Meneses y que a su juicio es fiel trasunto del *Enchiridion*²⁶. El *Enchiridion* es un «arma manual de defensa», un manual de doctrina que desde la religiosidad interior, propone estrategias de lucha del cristianismo frente a la ofensiva de sus enemigos. La obra sigue alegóricamente la idea de Cristo como maestro y capitán, y subraya la importancia de la lectura de la Escritura Sagrada y de la oración personal. Erasmo invita a vivir el cristianismo en su verdadera esencia, rechazando el cristianismo exterior de prácticas añadidas para abrazar la verdadera sabiduría. De ahí las críticas a las conductas desviadas o corrompidas de algunos cristianos que en el fondo se alejan de Cristo. A la luz de Cristo, todas las cosas se truecan, por lo que Él es el prisma a través de quien ver el mundo. El «soldado de Cristo» debe escoger la sabiduría del Evangelio y rechazar la mundana.

Aunque muchas de estas advertencias y consejos eran plenamente ortodoxos y tampoco era Erasmo precisamente el único en hacerlos, cierto es que coinciden en parte con la piedad que reconocemos en don Quijote, caballero andante, hombre de armas para servir a Dios y a su Rey, como él mismo afirma, es decir, «soldado de Cristo». Ideas como esta de Erasmo, estaban en el ambiente de renovación de la piedad en la educación de nuestro soldado escritor, Cervantes:

«No pienses tú luego que está la caridad en venir muy continuo a la iglesia, en hincar las rodillas delante de las imágenes de los santos, en encender ante ellos muchas candelas, ni trasdoblar las oraciones muy

²⁵ A este respecto y con carácter divulgativo, puede verse Alvar Ezquerro, Alfredo: *Un maestro en tiempos de Felipe II: Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.

²⁶ Castro, Américo: *Hacia Cervantes*. Taurus, Madrid, 1960, págs. 193-230. Sin embargo, dicho libro de devoción era plenamente ortodoxo y había sido publicado en numerosas ocasiones durante el siglo XVI sin despertar sospechas de erasmismo entonces ni ahora. Por otro lado, es difícil asegurar que se trate de una obra en concreto –del libro de Meneses–, puesto que era un título bastante común dentro de la literatura religiosa. De manera convincente niega ese erasmismo López Calle, José Antonio, «El erasmismo reforzado en Erasmo en tiempos de Cervantes», en *El Catoblepas*, núm. 115, sept. 2011, pág. 6.

bien contadas. No digo que es malo esto; mas digo que no tiene Dios tanta necesidad de estas cosas. ¿Sabes a que llama Pablo caridad? edificar al prójimo con buena vida y ejemplo, con obras de caridad y con palabras de santa doctrina, tener a todos por miembros de un mismo cuerpo, pensar que todos somos una misma cosa en Jesucristo, gozarte en el Señor por los bienes y provechos de tu prójimo como por los tuyos mismos, remediar los males y daños ajenos como los tuyos propios, corregir con mansedumbre al que yerra, enseñar al que no sabe, levantar y aliviar al que esta abatido, consolar al desfavorecido, ayudar al que trabaja, socorrer al necesitado. En conclusión: todo tu poder y hacienda, todo tu estudio y diligencia, todos tus cuidados y ejercicios emplearlos en aprovechar a muchos por Jesucristo así como Él lo hizo, que ni nació ni vivió, ni murió para si; mas todo se dio enteramente por nuestro provecho así también nosotros sirvamos y ayudemos al de nuestro prójimo y no al nuestro»²⁷.

Como es lógico en los escritos de los humanistas, de la Contrarreforma, y en concordancia con el pensamiento cervantino ya expuesto, Erasmo valora la razón y, por ello, desprecia aquellos actos de los hombres que considera fruto de sus pasiones: «La razón es la que hace al hombre, y la razón no cabe donde todo se ejecuta al dictado de las pasiones». Por ello, en varios de sus escritos defenderá que a la fe se llega por la razón, contrariando los presupuestos luteranos, y que el hombre sin formación humanística es solo un poco más que un animal:

«Es la más indiscutible de las verdades que el hombre no instruido en filosofía ni en ninguna otra disciplina es un animal un poco peor que los brutos. Es cosa averiguada que las bestias obedecen los impulsos de su naturaleza, y el hombre, si no está cimentado en las letras y en los preceptos de la filosofía moral, se siente arrastrado a pasiones más que bestiales. No existe animal más fiero ni fiera más dañina que el hombre a quien señorean la ambición, la codicia, la ira, el lujo y la sensualidad»²⁸.

Pero, volviendo al famoso *Enchiridion*, en él Erasmo escribió un atractivo manual en que habla «de las armas necesarias para la caballería y guerra cristiana», subrayando el papel de la disciplina militar en esta guerra

²⁷ Rotterdam, Erasmo de: *Enchiridion. Manual del caballero cristiano*. Edición de Pedro R. Santidrián, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1995.

²⁸ Rotterdam, Erasmo de: *La temprana educación liberal de los niños*, en Joaquín Barceló: «Selección de escritos de Erasmo de Rotterdam», en *Estudios Públicos*, núm. 61, Chile, 1996.

espiritual. La alegoría desarrolla la necesidad de una estrategia y de una planificación sobre el género de armas que son más convenientes para poder tenerlas siempre a mano. Así, el engañoso espía –el demonio– no hallará desarmados ni encontrará desapercibidos a los caballeros cristianos. El soldado de Cristo deberá estar siempre prevenido, pues esta es una guerra sin descanso en que nunca hemos de abandonar las armas: la oración y la ciencia de la ley, es decir, su entendimiento profundo, y la palabra de Dios.

Ahora bien, uno de los temas predilectos del humanista de los Países Bajos es el elogio de la paz y el rechazo de la guerra con argumentos que Cervantes no aceptaría. Erasmo de Rotterdam no tenía la misma historia ni experiencia que los españoles habían tenido de la no tan lejana Reconquista. Él no ha vivido la permanente amenaza musulmana que en la Península ha requerido siempre un esfuerzo añadido para salvaguardar sus costas. En este sentido, la crítica señala el inteligente análisis político de la situación que había sido claramente expuesto por Francisco de Aldana en sus *Octavas a Felipe II*, donde advertía al Monarca de los peligros que suponían los últimos sucesos de Marruecos, recién alzada como puente del Imperio otomano. El bando africano crece, en tanto que el español decrece ante la amenaza de una alianza entre turcos y franceses, la cual supondría nuestra devastación. El poeta advierte al Monarca que podría suceder un nuevo levantamiento de los moriscos dentro de España, dejando a los franceses pasar por los Pirineos:

«Entonces la morisma que está dentro
de nuestra España temo que a la clara
ha de salir con belicoso encuentro,
haciendo junta y pública algazara,
y al mismo punto el aquitáneo centro
volver, de Francia, la enemiga cara,
bajando el Pirineo, aunque no sea
a más que divertir nuestra pelea». (361-368).

Así, de no haber reacción española, Flandes y Francia se aliarían para entrar en España y junto al «pirata inglés» y se repartirían las Indias. Por eso, Francisco de Aldana aconseja a Felipe II que refuerce la protección de Malta y Corfú, que apoye a los católicos rebeldes de la anglicana Inglaterra y que ataque al Gran Turco en Marruecos. Y en ese sentido, le aconseja que se una al único aliado que le parece de confianza: don Sebastián de Portugal, «que excede al hombre como el tronco al hombre»²⁹. En Alcazarquivir

²⁹ Sobre esta epístola bastante olvidada y la postura de Aldana, recién llegado y agotado de lo vivido en Flandes que, sin embargo, está dispuesto a reemprender la batalla, ha habido,

(1578), bajo el mando del «gran Sebastián» morirá el poeta español poco después de escribir estos versos, dando muestras de excepcional valor y piedad. Como los hechos de armas de Cervantes demuestran, cuando suma sus fuerzas a las empresas de la Liga Santa, su pensamiento se asemejaba más al de Aldana que al de Erasmo.

Como digo, esa amenaza que muchos españoles sentían cerca, no lo era así para el humanista de los Países Bajos. En su *Enchiridion*, a fuerza de pacifista, incurre en otra suerte de «idealismo», pues su rechazo a la guerra y su elogio de la paz defiende la idea de que «el brillo» de la virtud cristiana debería ser suficiente para vencer a los turcos. Así, no sintiendo que el mayor peligro para Europa es la invasión musulmana, sino las numerosas y agrias controversias entre los propios cristianos, aprovecha para hacer crítica de la desunión y ambiciones de quienes utilizan el cristianismo para intereses propios:

«Hoy se prepara una guerra contra los turcos, y cualquiera que sea su causa hay que rogar que ella no sea en provecho de unos pocos sino por el bien común de muchos. Pero, ¿Qué podría ocurrir si, para convertir al cristianismo a los vencidos –porque no creo que les demos muerte a todos– los enfrentamos con las obras de (Guillermo de) Occam, o de Durando, o de (Duns) Scoto, o de Gabriel (Biel) o de Álvaro (Pelagio)? ¿Qué pensarán, qué sentirán –ya que no son sino seres humanos– al escuchar esos argumentos espinosos e inextricables acerca de instancias, formalidades, quididades y relaciones? Y especialmente cuando vean que ni siquiera se ponen de acuerdo sobre ellos los grandes maestros de religión, hasta el punto de que palidecen, se insultan, se escupen unos a otros y a veces aun recurren a los puños [...]».

A juicio de Erasmo, el espectáculo público del comportamiento de los cristianos los desautoriza moralmente para la guerra. Si los turcos llegan a darse cuenta de nuestra ambición, rapacidad, avaricia, deshonestidad, codicia y crueldad, ¿Cómo se les va a llevar la doctrina de Cristo, tan contraria a

lógicamente, diversas posturas. Elías Rivers considera esta y la *Epístola a Arias Montano* su «testamento espiritual» en el que sigue «propugnando, bien que con cierto pesimismo, el cumplimiento vigoroso del destino imperial de la España militante, como única defensora de la fe» (Rivers, Elías: *Francisco de Aldana, el divino capitán*, Diputación Provincial, Badajoz, 1955, pág. 103). Otros críticos han tachado al poeta de fanático o de radical imperialista. Sobre el interés de don Sebastián de implicar a las dos Coronas en la misma empresa bajo la denominación unitaria –e inusual en aquel momento– de «España», remito al artículo de Martínez Torrejón, José Miguel: «Ánimo, valor y miedo. Don Sebastián, Corte Real y Aldana ante Felipe II», en *Península. Revista de Estudios Ibéricos*, núm. 2, 2005, pp. 159-170.

todo ello? A su juicio, la victoria sobre el invasor turco se efectuaría más eficazmente si viesen en los cristianos el brillo de las enseñanzas evangélicas:

«El modo más eficaz de vencer a los turcos sería que ellos pudieran ver en nosotros el brillo de lo que Cristo dijo y enseñó: que pudieran comprobar que no ambicionamos su poder, ni su oro, ni sus posesiones, que nada queremos sino su salvación y la gloria de Cristo. Esta es la única teología verdadera, auténtica, eficaz, que antaño sometió el orgullo de los filósofos y los cetros invictos de los Príncipes. Si de este modo actuamos, Cristo mismo estará a nuestro lado».³⁰

Erasmus prosigue que no es propio del cristiano el matar, sino el salvar hombres, convirtiendo al mayor número posible de almas con el ejemplo de las virtudes cristianas y el de oraciones piadosas rogando al cielo que dé a los turcos mejor espíritu. Puesto que el Reino de Cristo florece con «la piedad, el amor, la paz y la castidad», si los cristianos no muestran esa actitud virtuosa, «pronto ocurrirá que nosotros nos convertiremos en turcos antes de atraerlos a ellos a nuestra fe.»

El humanismo cristiano de la Contrarreforma no fue solo Erasmo ni todo Erasmo. Como es lógico, el humanismo, cristiano o no, valora la razón frente a la fantasía, superficialidad o supersticiones. El propio Cervantes se burla de las supercherías religiosas y sin acritud ridiculiza los ungüentos milagrosos acompañados de esa repetición «mágica» de rezos. Ese mucho rezar automático, las decenas de oraciones con que el caballero acompaña la aplicación del bálsamo de Fierabrás, las decenas de avemarías y credos de los galeotes, las mil cruces de Sancho o ese enorme rosario de cuentas que cuelga del cinto de don Quijote, aparecen sin crueldad crítica, pero con el distanciamiento de un cristianismo basado en la razón, que no solamente Erasmo defendía.

Más fácil de reconocer en su religiosidad y ánimo militar, en su amor por la poesía y el teatro y en su defensa a ultranza de la acción y de la libertad, es la influencia de otro soldado que en el pasar del tiempo será conocido como san Ignacio de Loyola. Para Cervantes, esta figura debía de ser especialmente atractiva pues procedía de una familia de soldados de la Reconquista, varios de sus hermanos habían caído en campañas diversas, y él mismo se había formado desde la infancia en el uso de las armas. A los treinta años, participó en la defensa de Pamplona resistiendo en el castillo ante el asalto de los franceses (1521). Herido en las piernas, inició la con-

³⁰ Erasmo: *Enchiridion*, ed. cit., Preámbulo.

valecencia en que la lectura de obras religiosas lo llevó a consagrarse y, con el tiempo, a fundar la Compañía de Jesús, cabeza de la renovación religiosa contrarreformista. En la Compañía reproducirá la estructura militar que siempre lo había rodeado.

Aunque nos constan varios testimonios escritos de que san Ignacio solo leyó algunas páginas del *Enchiridion*, podría ser que se saltase el prefacio y se dirigiese directamente al interior, donde se sentiría «gratamente sorprendido, al ver que el destinatario de aquella obrita era un soldado o caballero, que después de llevar una vida disipada y rota entre las delicias y vicios de la Corte, trataba ahora de seguir los caminos de la virtud». La obra se destina a los caballeros cristianos cansados de la vida cortesana que desean transformar su alma por la penitencia y asemejarse a Cristo, «*ad mentem Christo dignam pervenire*». ³¹ En cualquier caso, el estudio de García-Villoslada sobre la relación de Loyola con Erasmo señala algunas preocupaciones ignacianas que eran comunes al humanista holandés, así como otras que no, y como afirma finalmente, no consta que leyese más que unas páginas del *Enchiridion*, en las que no advirtió ningún error dogmático ³². Como humanistas cristianos, sin embargo, es lógico que defiendan una serie de ideas que son las de Cervantes, risueñamente crítico con la devoción popular milagrera, pero como Erasmo o san Ignacio, grandes defensores del libre albedrío frente a la idea de predestinación protestante y baluarte de los soldados españoles en sus enfrentamientos contra protestantes y turcos.

Todo parece indicar que el futuro soldado y escritor asistió a las escuelas de gramática y humanidades de Sevilla y Córdoba fundadas por aquellos años por la Compañía de Jesús, a la cual Cervantes alude en el *Coloquio de los perros* ³³. Como la crítica ha advertido, en Berganza se oyen expresiones tomadas con exactitud de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio cuando escribe que «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios...». Y dado que la expresión exacta es ignaciana, pero la publicación de su obra es posterior, solo cabe entender que Cervantes la recibió por tradición oral, por la repetida asistencia a predicaciones de jesuitas, o al menos por haber «hecho algunos ejercicios», los llamados de «primera semana». ³⁴

Los jesuitas fueron grandes impulsores del teatro y, poco después de haber fundado algunos colegios, comenzaron a fomentar el teatro escolar. En la estela de la ignaciana recreación religiosa apoyada en los sentidos,

³¹ García-Villoslada, Ricardo: *Loyola y Erasmo*. Taurus, Madrid, 1965, pág. 34.

³² Aunque sí dice que su lectura le «enfriaba el alma», *op. cit.*, pág. 238.

³³ Martínez-Escalera, José: «Cervantes y los jesuitas», en *Anales Cervantinos*, XXXV, 1999, pp. 295-307.

³⁴ *Op. cit.*, pág. 302.

el teatro se entiende como el medio ideal para evangelizar: «porque lo que se ve a los ojos mueve mucho más que lo que al oído damos»³⁵. En estos colegios Lope o Calderón se iniciarían como poetas dramáticos. Además, a través de esa formación en los jesuitas, Cervantes habría recibido no poca insistencia en la materia del libre albedrío; cuestión filosófica decisiva en la separación de católicos y protestantes y uno de los temas fundamentales de *Don Quijote*. Frente a la idea luterana expuesta en *De servo arbitrio* (1525), por la cual se interpreta que el ser humano nace predestinado a la salvación o condenación, atado y siervo de Dios o de Satanás, la Contrarreforma y los humanistas católicos dedican a este asunto buena parte de sus disquisiciones, defendiendo la idea de una gracia divina y libre albedrío concedidos a todos los seres humanos. En este sentido, señalemos brevemente que la obra ignaciana subraya esa libertad concedida por Dios a los hombres, niega explícitamente la predestinación en sus *Ejercicios espirituales*, señalando el peligro de hacer mal uso del término pues conllevaría el descuido de las obras, y como el Concilio de Trento había esclarecido contrariando al protestantismo, insiste en que la fe sin obras no salva. La fe ha de traducirse en los actos, la libertad es activa, como decía santo Tomás. Herencia de esa idea, son hermosas afirmaciones de don Quijote como ese «[S]ábete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro» (*Quijote I, XVIII*). Principio que sin duda guiaba las acciones de guerra de los soldados-poetas aquí comentados. Y subrayando además la igualdad de hombres sin distinción de linajes, «cada uno es hijo de sus obras» (*Quijote I, IV*). Tan claro debía de estar para los estudiantes de los jesuitas, que la conocida *Ora-ción de entrega* de su fundador principiaba con ese «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad». De ahí también el hincapié en las potencias del alma que, por ejemplo, es fácil reconocer en *La vida es sueño*, obra de otro soldado-poeta, Calderón de la Barca, también antiguo estudiante de los jesuitas.

Por experiencia militar propia o ajena –la del antiguo soldado Ignacio de Loyola–, estos temas de la libertad, la acción, y la voluntad, son mimbres fundamentales de *Don Quijote* y de otras obras cervantinas. Sobre tan interesante asunto se han ocupado los investigadores extensamente en numerosas ocasiones, pero baste señalar que, sin duda, el soldado cristiano ignaciano es hombre de acción y defensor de la libertad, que considera que sus creencias han de convertirse en actos, y en sus actos ha de reconocerse su fe, pues la fe sola, sin actos ni razones, no es suficiente. Fácilmente podemos

³⁵ El amplísimo repertorio de teatro escolar de los jesuitas ha sido recogido por Menéndez Peláez, Jesús, autor también de *Los jesuitas y el teatro del Siglo de Oro*, Ediciones de la Universidad de Oviedo, Oviedo, 1995.

reconocerlo así en cada aventura quijotesca y en numerosas frases dedicadas a la cuestión. Como sentencia don Quijote a Sancho, mostrando estoicismo ante las desgracias, recomendando prudencia y aceptación de las responsabilidades: «De aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su aventura» (*Quijote II, XLVI*). Ningún teólogo protestante habría podido convencer a Cervantes, quien había sido cautivo esforzado por liberarse a sí mismo y a sus compañeros, de lo contrario:

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres». (*Quijote II, LVIII*).

Eso explica el valiente comportamiento del soldado Cervantes cuando, volviendo a España con cartas de recomendación para procurarse la capitánía, tiene la mala fortuna de ser capturado junto con la mayoría de sus compañeros y hasta de su hermano. Comienza así el amargo cautiverio del escritor, del que los biógrafos y testimonios contemporáneos subrayan la valentía y tesón con que urdía constantemente planes de fuga de los que salía cada vez más represaliado. Esa firme voluntad de quien no se da por vencido y reemprende la acción para alcanzar la libertad para él y para los suyos, es también la personalidad del caballero don Quijote, y la misma que autobiográficamente refleja en la historia del «cautivo». La esperanza se convierte en acción y es la que sustenta al hombre sometido a penalidades:

«Ya había probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazón ni ventura: y pensaba en Argel buscar, otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba, y ponía por obra, no correspondía el suceso a la intención, luego sin abandonarme, fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenía la vida, encerrado en una prisión, o casa, que los turcos llaman baño, donde encierran a los cautivos cristianos, así los que son del Rey como de algunos particulares, y los que llaman del Almacén, que es como decir, cautivos del Consejo, que sirven a la ciudad en las obras públicas que hacen y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del común, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautivos, algunos particulares del pueblo,

principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros, hasta que venga su rescate». (*Quijote I, XL*).

Los testimonios históricos de su cautiverio reflejan esos intentos de fuga y las consecuencias que tenían. Consta también cómo Cervantes, en gesto militar, protegía a los suyos, a quienes iban a escapar con él o le habían ayudado a trazar sus planes. Tras el cuarto y más ambicioso intento de escapatoria, con el que pretendía liberar a setenta cautivos, rechazó la oferta de protección del mercader Onofre Ejarque para que este no perdiera la vida ni la hacienda. En la respuesta de la *Información de Argel* leemos detalles que otros testimonios también confirman:

«[O]nofre exarque, que había dado el dinero para dicha fragata y era participante de todo, temiendo que el Rey de todo estaba informado [...] cometió y rogó y persuadió a el dicho Miguel de Cervantes se fuese a España en unos navíos que estaban para partir y que él pagaría su rescate; a el cual el dicho Miguel de Cervantes respondió, animándole, que estuviese cierto que ningunos tormentos ni la misma muerte sería bastante para que él condenase a ninguno sino a él mismo; y lo mismo dijo a todos los que del negocio sabían, animándoles que no tuviesen miedo, porque él tomaría sobre sí todo el peso de aquel negocio, aunque tenía cierto de morir por ello»³⁶.

Dicho testimonio lo confirma la declaración de Diego Castellano quien relata cómo Cervantes compareció voluntariamente ante el Bajá para proteger a los implicados en el plan de fuga. Las duras condiciones del cautiverio explican que un tercio o quizás un cuarto de los cautivos acabasen por renegar, con lo que lograban mejorar sus circunstancias, pero no lograban la libertad³⁷. Ante la imposibilidad de la huida y el abandono oficial de los cautivos, la única manera de volver a España era realizar el pago del rescate. De no pertenecer a una familia acomodada, lo único que quedaba era esperar la caridad de las órdenes de mercedarios y trinitarios. Así es como, de hecho, la familia de Cervantes, tras muchos aprietos, logró pagar el rescate del hermano de Miguel, don Rodrigo, pero tuvo que esperar aún años hasta que los frailes trinitarios lograron reunir la cifra que se pedía por el escritor. Como vemos, después de la experiencia traumática del largo y difícil cautiverio de

³⁶ Texto de la *Información de Argel* tomado de Ohanna, Natalio: *Cautiverio y convivencia en la edad de Cervantes*. Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 2011, pág. 103.

³⁷ Fernández, Enrique: *Los tratos de Argel*: obra testimonial, denuncia política, y literatura terapéutica», en *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, Vol. XX, núm. 1, 2000, pág. 10.

más de cinco años sufrido en Argel (1575-1580), Cervantes volverá una y otra vez sobre su experiencia para liberar el dolor en la escritura. *Los tratos de Argel*, *Los baños de Argel* o el capítulo del «cautivo» del *Quijote* son algunas recreaciones en que, en cierto sentido, podemos hablar de literatura testimonial, aquella que pretende movilizar al auditorio para solucionar la situación de quienes aún no han sido liberados, pero también tiene una finalidad terapéutica de contar al mundo lo sucedido³⁸.

Recapitulación de la «poética militar»

La lectura de la obra cervantina ofrece una serie de constantes discursivas coincidentes con las de otros poetas-soldado. Entre las que hemos ido desarrollando, podemos hablar de una noción común de que el militar que es poeta ha de escribir como «soldado discreto». Común a muchos de estos poetas-soldado y al propio Cervantes es el estilo sencillo, nada artificioso, que también está en relación con su rechazo de las vanaglorias, su desinterés editorial, su humildad como poetas o novelistas. Frente a la gloria de las armas, que es tal por estar al servicio de Dios, la de las letras es pasajera, si bien, la escritura es fundamental para preservar los hechos de armas en la memoria de las siguientes generaciones.

El poeta-soldado es hombre de acción, pues en ella se manifiesta la libertad que aprecia tanto como para querer extenderla más allá de sus fronteras. No obstante, acepta el mando y lo que sobrevenga, justo o injusto, con estoicismo y consciencia. Poeta del ideal, su idealismo no le merma la inteligencia, es consciente del desdén o poco aprecio a sus gestos, ha vivido en sus carnes las heridas del combate y visto espectáculos tremendos, y así lo refleja en su obra, pero alivia esta injusticia y estas penalidades a través de la palabra. El tono grave de Aldana, Garcilaso o Cervantes describiendo estas injusticias, puede ser también risueño desde la magnanimidad que los años le proporcionan al autor cuando escribe su *Quijote*. Ese humor inteligente y esa esperanza inmunizan al soldado frente al desdén y el agravio, y a la vez exorcizan sus penalidades. Muchos de ellos escriben sobre sus compañeros, recordando el fin último por el que cayeron, y reflejan la fraternidad entre hombres muchas veces diferentes –como el caballero y su escudero–, hermanados ante las mismas dificultades. Ese personaje colectivo de las piezas teatrales cervantinas que, cuando son las tropas, confirma al mando su decisión de batallar. El poeta-soldado es un hombre de firme voluntad y

³⁸ Fernández, Enrique: *Los tratos de Argel...*, pp. 7-26.

resistencia, pero no un bruto, sino un hombre cultivado que no esperando el reconocimiento de este mundo, busca el triunfo esencialmente sobre sí mismo y para Dios.

Ese espíritu de cruzada de quienes siendo soldados fueron también poetas solo se entiende imbuyéndose en la época, cuando además del soldado de la picaresca o el brutal y aventurero, había soldados santos y hasta Monarcas santos guiando ejércitos como san Luis. De todos ellos, como ha escrito el poeta contemporáneo Martínez Mesanza, puede decirse:

«Ellos nunca quisieron ser los dioses
pues Dios era su sueño y su vigilia.
Hay espadas que empuña el entusiasmo
y jinetes de luz en la hora oscura»³⁹.

³⁹ Martínez Mesanza, Julio: *Europa*. Renacimiento, Sevilla, 1986.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, Hernando de: *Varias poesías*. Edición de L.F. Díaz Larios, Cátedra: Madrid, 1982.
- Aldana, Francisco de: *Poesías castellanas completas*. Edición de José Lara Garrido, Madrid: Cátedra, 1997.
- Alvar Ezquerro, Alfredo: *Un maestro en tiempos de Felipe II: Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2014.
- Bataillon, Marcel: *Erasmus y España*. México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- Barnés, Antonio: *Los amores del Quijote*. Madrid: Teconté, 2016.
- Boo, Matilde L.: «Suplemento de “Las cartas desconocidas de Galdós” en *La Prensa de Buenos Aires*», en *Anales Galdosianos*, XVII, 1982, págs. 117-128.
- Camamis, George: *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*. Madrid: Gredos, 1977.
- Castiglione, Baltasar: *El cortesano*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1945.
- Castro, Américo: *Hacia Cervantes*. Madrid, Taurus, 1960.
- Cervantes Saavedra, Miguel de: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda, Obra Completa, II*. Ed. Florencio Sevilla y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1994.
- : *Don Quijote de la Mancha*. Edición de F. Sevilla, Madrid: Castalia, 2004.
- : *Novelas ejemplares*. Barcelona, Crítica, 2001.
- Fernández Nieto, Manuel: «Cervantes soldado de la Infantería española», en *Revista de Historia Militar*, núm. 116, 2014, pág. 211.
- García-Villoslada, Ricardo: *Loyola y Erasmo*. Madrid: Taurus, 1965.
- Garcilaso de la Vega, *Poesías castellanas completas*. Edición de Elías L. Rivers, Madrid: Castalia, 1996.
- Gil de Polo, Gaspar, *Diana enamorada*. Edición de Rafael Ferreres, Madrid: Espasa-Calpe, 1973.
- López Calle, José Antonio: «El erasmismo reforzado en *Erasmus en tiempos de Cervantes*», en *El Catoblepas*, núm. 115, septiembre de 2011, pág. 6.
- Martínez Torrejón, José Miguel: «Ánimo, valor y miedo. Don Sebastián, Corte Real y Aldana ante Felipe II», en *Península. Revista de Estudios Ibéricos*, núm. 2, 2005, págs. 159-170.
- Martínez-Escalera, José: «Cervantes y los jesuitas», en *Anales Cervantinos*, XXXV, 1999, págs. 295-307.
- Martínez Mesanza, Julio: *Europa*. Sevilla: Renacimiento, 1986.

- Menéndez Peláez, Jesús: *Los jesuitas y el teatro del Siglo de Oro*. Oviedo: Ediciones de la Universidad de Oviedo, 1995.
- Ohanna, Natalio: *Cautiverio y convivencia en la edad de Cervantes*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2011.
- Rafael Lapesa en: «Aldonza-dulce-Dulcinea», *De la Edad Media a nuestros días*. Madrid: Gredos, 1967, págs. 212- 218.
- Riquer, Martín de: *Aproximación al Quijote*. Barcelona: Salvat, 1970.
- Rivers, Elías: *Francisco de Aldana, el divino capitán*. Badajoz: Diputación Provincial, 1955.
- Rotterdam, Erasmo de: *Enchiridion. Manual del caballero cristiano*. Edición de Pedro R. Santidrián, Biblioteca de Autores Cristianos, 1995.
- Rotterdam, Erasmo de: *La temprana educación liberal de los niños*, en Joaquín Barceló, «Selección de escritos de Erasmo de Rotterdam», *Estudios Públicos*, núm. 61, Chile, 1996.
- Ruffinatto, Aldo: «Cervantes en Italia, Italia en Cervantes», en *Cervantes en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Ed. de Alicia Villar Lecumberri, Palma de Mallorca, 2001, págs. 3-20.
- Santos Oliver, Miguel de los: *Entre dos Españas*. Barcelona: Gustavo Gili, 1906, pág. 123.
- Torres, Julio: «Dulcinea del Toboso. El personaje elíptico», en *Revista de Filología Románica*, núm. 14, Vol. II, 1997, págs. 441-455.
- Turguénev, Iván: *Hamlet y don Quijote*. Barcelona: Sequitur, 2008, págs. 7-8.
- Varela Olea, M^a Ángeles: «Don Quijote como mitologema nacional en la generación de posguerra», en *Anuario de Estudios Cervantinos*, núm. 10, 2014, págs. 323-336.
- : *Don Quijote, mitologema nacional*. Madrid: Centro de Estudios Cervantinos, 2003.